





MAX LUCADO



EL  
REGALO  
PARA TODAS LAS  
PERSONAS

Reflexiones sobre la gran gracia de Dios

**NUN**

[www.EditorialNivelUno.com](http://www.EditorialNivelUno.com)

*Para vivir la Palabra*

# *Para vivir la Palabra*

Originalmente publicado en inglés con el título:  
The Gift for All People by Max Lucado  
Copyright © 1999 by Max Lucado  
Publicado por *Multnomah Books*  
un sello de *The Crown Publishing Group*  
una división de Penguin Random House LLC  
12265 Oracle Boulevard, Suite 200  
Colorado Springs, Colorado 80921 USA

International rights contracted through Gospel Literature International  
P.O. Box 4060, Ontario, California 91761 USA

Esta traducción es publicada por acuerdo con  
Multnomah Books, un sello de The Crown Publishing Group,  
una división de Penguin Random House LLC

Edición en español © 2016 Editorial Nivel Uno, una división de Grupo Nivel Uno, Inc.

Publicado por:



**Editorial Nivel Uno, Inc.**  
3838 Crestwood Circle  
Weston, FL 33331  
[www.editorialniveluno.com](http://www.editorialniveluno.com)

ISBN: 978-1-941538-27-2



Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*  
Diseño interior: *Grupo Nivel Uno, Inc.*  
Diseño de portada: *Dogo Creativo*

Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito de los editores, para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.



A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional' NVI' ©1999 por Bíblica, Inc.®.

Impreso en USA



17 18 19 20 VP 9 8 7 6 5 4 3 2



*Dedicado a todos los  
misioneros del mundo.*









*Cuán hermosos son los pies de los que...  
anuncian buenas nuevas.*

ROMANOS 10:15, RVR1960









---

## CONTENIDO

Prólogo 11

### EL REGALO DE UN SALVADOR

- Comenzó en un pesebre 21
- Un día para decir adiós 23
  - Dios en carne 27
- Salvador compasivo 29
- Jesús sabe cómo te sientes 33
- Fe observada, fe bendecida 37
  - El gran intercambio 41
- Los ojos en el Salvador 45
  - Ven y ve 49

### RESCATE POR LOS PECADORES

- Camino al Calvario 53
- La niebla de un corazón partió 55
  - Compañero en el plan 59
    - Él te vio 63
- El silencio del cielo 65
- A cualquier precio 69

## ¿LO CORRECTO O LO JUSTO?

Con el corazón partío... por ti 73

«¡Todo ha terminado!» 75

Gracia abundante 79

Promesas misericordiosas 81

Perdón y paz 83

Gracia que sostiene 85

Gracia significa... 89

Con la toalla y la palangana 93

Adopción del corazón 95

La fuente de mi fortaleza 97

## LA ELECCIÓN

El Dios que invita 103

Deja la luz del porche prendida 107

¿Demasiado bueno para ser verdad? 109

¿Quién va a elegir? 113

Perseguido por Dios 115

Una demostración de devoción 119

Tus brazos de Abba 123

El destino de Dios para tu vida 125

Referencias 135

Notas 138





---

# Prólogo

«Un futuro brillante», expresión que lo dice todo. Soltero, bien parecido, graduado recientemente de la universidad. Su familia lo amaba, las chicas se fijaban en él, las oportunidades profesionales lo asediaban.

Sin embargo, aunque aparentaba confianza, Eric estaba atormentado en su interior. Abrumado por voces interiores que no podía acallar. Torturado por las imágenes mentales que no podía evitar y por pensamientos que no podía comprender. Así, desesperado por escapar del tormento, Eric decidió escapar de la vida. En un día gris y lluvioso de febrero, salió por la puerta trasera de su casa. Eric nunca regresó.

Cuando salió, alguien estaba observando. Su hermana Debbie vio a su hermano irse, su alta figura deambulaba por la calle. Ella supuso que él regresaría. No lo hizo. Esperó que él llamara. No lo hizo. Pensó que podría encontrarlo. Pero no pudo. Las horas se convirtieron en años. Años de vagar y de preguntarse. Mientras Eric vagaba, Debbie se preguntaba. ¿En

dónde podrá estar? ¿Qué le pudo haber ocurrido?  
¿Estará bien? ¿Estará vivo?

A dónde fue Eric, solo Dios y Eric lo saben. Pero sabemos que terminó a miles de kilómetros de su casa. Y en algún lugar a lo largo de su trayectoria, de alguna manera, Eric comenzó a creer que le habían asignado una tarea. Alguien vio a Eric revisando un contenedor de basura en busca de comida. Y ese alguien le sugirió que barriera a cambio de la basura. Eric interpretó ese comentario como una misión: creyó que le habían dado la comisión permanente de limpiar la orilla de una carretera en San Antonio, Texas.

A los residentes de la zona, la figura desgarrada y el rostro barbudo de Eric se les hizo familiar mientras recolectaba basura recorriendo su sección «asignada» de la Interestatal 10. A través de los años, muchos trataron de ayudarlo, pero Eric se resistió. Estaba contento con sobrevivir con lo que recogía. Hizo un hogar de un agujero en un terreno baldío. Diseñó un vestuario de pantalones rotos y una camiseta andrajosa. Al sol de verano lo bloqueaba con un sombrero viejo, al frío del invierno reducía con una bolsa de plástico que cubría sus hombros.

Su piel curtida y sus hombros encorvados lo hacían lucir el doble de sus cuarenta y cuatro años. Pero, eso es lo que hace en uno el vivir dieciséis años a orillas de la carretera.

Transcurrieron dieciséis años desde la última vez que Debbie vio a su hermano. Y pudo no haberlo visto nunca más, si no hubiera sido por dos acontecimientos. El primero fue la construcción de una

agencia de venta de autos en la parte superior de la casucha de Eric. El segundo era un dolor en el abdomen de Eric. La agencia de autos despojó a Eric de su refugio. El dolor le arrebató la salud.

Cuando el servicio médico de emergencias encontró a Eric hecho un ovillo al borde de la carretera, estaba muriéndose de cáncer. Unos meses más y Eric se habría ido. Sin familia ni parientes conocidos, moriría como había vivido, solo.

El tutor temporal de Eric designado por el tribunal no podía apartar cierta idea de su pensamiento. *Seguramente alguien está buscando a este hombre*, razonó el abogado. Por lo que buscó en Internet a cualquier persona a quien se le hubiera extraviado un familiar adulto de cabello castaño con el apellido de Eric.

Una mujer de Nueva Hampshire respondió. ¿Podría ese indigente en Texas ser el hermano que había estado buscando por tanto tiempo? La descripción parecía coincidir, pero tenía que saberlo con seguridad. Así que, Debbie, su marido y sus dos hijos se dirigieron a Texas.

Cuando Debbie llegó, Eric había sido dado de alta. Debbie lo encontró cerca de su antiguo hogar, descansando apoyado en la pared de un edificio. Una mirada bastó para convencerse: la búsqueda había terminado. Ella vio más allá de la piel tostada por el sol, bajo aquel cabello y aquella barba descuidada. Vio a su hermano.

Eric, sin embargo, no reconoció a su hermana. Los años habían devastado su mente. Debbie anhelaba abrazar a ese hermano perdido hacía mucho

tiempo, pero su instinto le dijo que debía esperar una señal.

Y entonces algo pequeño mostró el camino. Eric notó un prendedor en forma de ángel que Debbie llevaba. Le intrigó. Cuando Debbie le ofreció el prendedor, Eric le dijo que sí. E incluso le permitió que se lo pusiera en su camisa. Y con ese gesto, por fin, tocó a su hermano.

Debbie fue a Texas planeando estar una semana. Pero pasó la semana y no pudo irse. Alquiló un apartamento, comenzó a educar a sus hijos en el hogar y a tratar de conquistar a su hermano. No fue fácil. Casi nunca la reconocía. No la llamaba por su nombre. Un día la maldijo. Se negaba a dormir en su apartamento. No quería su comida. No quería hablar. Solo quería su terreno baldío. Quería su «trabajo».

Pero Debbie no se rindió con Eric. Las semanas se convirtieron en meses y la hermana todavía estaba allí. Ella entendió que él no entendía. Así que se quedó. Llegué a conocerla cuando comenzó a asistir a nuestra iglesia. Después de escuchar su historia, le pregunté lo mismo que usted hubiera preguntado. ¿Por qué? ¿Por qué no se dio por vencida? «Simple», me dijo. «Es mi hermano».

Su búsqueda nos recuerda otra, ¿no es así? Otro buen corazón que dejó su hogar en busca de los confundidos. Otra alma compasiva que no podía soportar la idea de un hermano sufriendo. Así que, como Debbie, dejó el hogar. Al igual que Debbie, encontró a su hermano.

Y cuando Dios nos encontró, nosotros actuamos como Eric. No reconocimos al que vino a ayudarnos.

Cuando nos dijo que éramos parte de su familia, no le creímos. Cuando ofreció un lugar seguro donde quedarnos, no le seguimos. No le hicimos caso. Algunos incluso le maldijeron y le dijeron que se fuera.

Pero él no se fue. Se quedó. Y todavía persiste. Él entiende que no entendemos. Él sabe que estamos divididos por muchas voces e infectados por un pecado canceroso. Él sabe que estamos cerca de la muerte. Pero no quiere que muramos solos.

Al igual que Debbie, él nos quiere dar algo antes de que sea demasiado tarde. Él quiere darnos un lugar en su familia. Y quiere sostener nuestra mano cuando muramos.

Así que Dios nos sigue. Nos persigue a lo largo de cada borde de la carretera; nos sigue por todas las carreteras. Nos sigue todos los días de nuestras vidas.

«Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa de Jehová moraré por largos días».

—SALMOS 23:6, RVR1960

Qué sorprendente manera de describir a Dios. Un Dios que nos persigue.

¿Nos atrevemos a visualizar a un Dios activo, que se mueve, que nos persigue, nos rastrea, siguiéndonos con bondad y misericordia todos los días de nuestras vidas? Él no es difícil de hallar. Se encuentra en la Escritura, en busca de Adán y de Eva. Ellos están ocultos entre los arbustos, en parte para cubrir sus cuerpos, en parte para cubrir su pecado. ¿Espera Dios que ellos vengan a él? No, las palabras resuenan

en el jardín. «¿Dónde estás?», pregunta Dios (Génesis 3:9, RVR1960), comenzando su búsqueda para rescatar el corazón del hombre. Un intento por seguir a sus hijos hasta que estos lo sigan a él.

Moisés puede decirte algo al respecto. Después de cuarenta años en el desierto, miró por encima del hombro y vio una zarza ardiente. Dios lo había seguido al desierto.

Jonás puede decirte algo al respecto. Él era un fugitivo a bordo de un bote cuando miró por encima del hombro y vio nubes que se estaban formando. Dios lo había perseguido hasta el océano.

Los discípulos de Jesús conocían la sensación de ser seguidos por Dios. Estaban empapados por la lluvia y temblando cuando miraron por encima del hombro y vieron a Jesús caminando. Dios los había seguido en la tormenta.

Una mujer samaritana sin nombre conoció el mismo sentimiento. Sola en la vida y sola en el pozo, ella miró por encima del hombro y vio un Mesías hablando. Dios la había seguido a través de su dolor.

El apóstol Juan, desterrado en Patmos, miró por encima del hombro y vio los cielos comenzar a abrirse. Dios lo había seguido hasta su exilio.

Lázaro había estado muerto durante tres días en una tumba sellada cuando una voz lo despertó. Levantó la cabeza y miró por encima del hombro para ver a Jesús. Dios lo había seguido hasta la muerte.

El apóstol Pedro había negado a su Señor y había retornado a la pesca cuando escuchó su nombre y



miró por encima del hombro para ver a Jesús preparar el desayuno. Dios lo había seguido a pesar de su fracaso.

Pecado, desierto, océano, tormenta, dolor, exilio, muerte, nuestro Dios es el Dios que sigue. ¿Has sentido que te sigue? Él es el que vino a buscar y a salvar a los perdidos. ¿Has sentido que te busca?

¿Has sentido su presencia a través de la bondad de un desconocido? ¿A través de la majestuosidad de una puesta de sol o del misterio de un romance? ¿A través de la pregunta de un niño o el compromiso de un cónyuge? ¿Lo has sentido a través de una palabra pronunciada o de una caricia en el momento oportuno?

Al igual que Eric, hemos dejado el hogar. Pero, como Debbie, Dios nos ha seguido. Así como Eric, somos rápidos para darle la espalda. Pero, como Debbie, Dios es lento para la ira y está decidido a quedarse. No aceptamos los dones de Dios. Sin embargo, Dios todavía nos los da.

Dios se entrega a sí mismo a nosotros. Aun cuando elegimos nuestra casucha por encima de su hogar y nuestra basura por encima de su gracia, todavía nos sigue. Nunca nos obliga. Nunca nos deja. Con paciencia persistente. Fielmente presente. Él utiliza todo su poder para convencernos de que es lo que es y que se puede confiar en él para llevarnos a casa.

Por cierto, la fiel persistencia de Debbie movió el corazón de Eric. Antes de que su vida terminara, él la reconoció como su hermana. Al hacerlo, encontró su camino a casa.

Y eso es lo que Dios quiere para ti. Simplemente, que estés en casa con él. Y para llevarte a casa, te ofrece un regalo.

Mi oración es que, a través de estas páginas, veas el regalo de Dios como nunca lo has visto.

Si ya lo has aceptado, le darás las gracias de nuevo.

Y si nunca lo has aceptado, lo harás ahora. Porque es el regalo para toda la vida, un obsequio para toda persona.



# EL REGALO DE UN SALVADOR

*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros...*



*En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho;  
pero el mundo no le conoció...*

*Mas a todos los que le recibieron,  
a los que creen en su nombre,  
les dio potestad de ser hechos hijos de Dios...*

*Porque de su plenitud tomamos todos,  
y gracia sobre gracia.*

JUAN 1:14, 10, 12, 16, RVR1960

Estaba a punto de comenzar, el plan de Dios para la humanidad, elaborado en los salones del cielo y concretado en las llanuras de la tierra. Solo la santidad podría haberlo imaginado. Solo la divinidad podría haberlo promulgado. Solo la justicia podría haberlo soportado. Y una vez que comenzó el plan, no habría vuelta atrás. El Creador lo sabía. El Hijo lo sabía. Y pronto, la tierra misma presenciaría la majestad de los cielos posarse sobre el planeta.







---

## Comenzó en un pesebre

*T*odo sucedió en un momento excepcional... un momento como ningún otro. Porque en ese segmento de tiempo ocurrió algo espectacular.

Dios se hizo hombre. La divinidad llegó. El cielo se abrió y colocó lo más preciado por él en un vientre humano.

El omnipotente, en un instante, se hizo carne y sangre. El que era más grande que el universo se hizo un embrión microscópico. Y el que sostiene al mundo con una palabra escogió depender del cuidado de una joven.

Dios se había acercado.

Él vino, no como un destello de luz ni como un conquistador inaccesible, sino como uno cuyos primeros gritos fueron escuchados por una campesina y un carpintero somnoliento. María y José eran cualquier cosa menos de la realeza. Sin embargo, el cielo confió su mayor tesoro a esos sencillos padres. Comenzó en un pesebre, en ese momento trascendental en el

tiempo. Él se veía como cualquier cosa menos como rey. Su rostro, arrugado y rojo. Su grito, aún era el grito impotente y penetrante de un bebé dependiente.

Majestad en medio de lo mundano. Santidad entre la suciedad del estiércol ovejuno y el sudor humano. Ese bebé había supervisado al universo. Esos trapos que lo mantenían tibio eran las ropas de la eternidad. Su dorado salón del trono había sido abandonado en favor de un sucio corral de ovejas. Y los ángeles adoradores habían sido reemplazados con pastores amables pero desconcertados.

Curiosa, esa sala del trono real. No hay tapices cubriendo las ventanas. No hay prendas de terciopelo sobre los cortesanos. Ni cetro de oro ni corona brillante. Curiosos, los sonidos en el atrio. Vacas comiendo, cascos crujiendo, una madre tarareando, un bebé lactante.

La historia del rey podría haber comenzado en cualquier lugar. Pero, curiosamente, comenzó en un pesebre. Entra por la puerta, mira por la ventana.

¡Él está aquí!



## Un día para decir adiós

Era el tiempo para que Jesús se fuera. El taller de carpintería había sido su hogar, su refugio. Él había venido a decir adiós, a oler el aserrín y la madera una vez más.

La vida era tranquila aquí. La vida era tan segura. Él había pasado aquí incontables horas de alegría. Había jugado en ese piso de arena cuando niño mientras su padre trabajaba. Aquí José le había enseñado cómo agarrar un martillo. Y en esta mesa de trabajo había construido su primera silla.

Fue aquí que sus manos humanas le dieron forma a la madera que sus manos divinas habían creado. Y fue aquí que su cuerpo maduró mientras su espíritu esperaba el momento oportuno, el día correcto.

Y, ahora, ese día había llegado.

Me pregunto si querría quedarse.

Me pregunto porque sé que él ya había leído el último capítulo. Él sabía que los pies que iban a salir de la sombra segura de la carpintería no descansarían hasta

que fueran perforados y colocados sobre una cruz romana.

Como sabes, él no tenía que ir. Tenía una opción. Pudo haberse quedado. Podía haber ignorado el llamado o por lo menos haberlo pospuesto. Y si hubiese decidido quedarse, ¿quién se habría dado cuenta? ¿Quién lo hubiera culpado?

Él podía haber vuelto como hombre en otra época cuando la sociedad no fuera tan volátil, cuando la religión no estuviera tan viciada, cuando la gente escuchara mejor.

Él podía haber vuelto cuando las cruces estuvieran pasadas de moda.

Pero su corazón no se lo permitió. Si hubo vacilación por parte de su humanidad, esta fue superada por la compasión de su divinidad. Su divinidad oyó las voces. Su divinidad escuchó los gritos desesperados de los pobres, las amargas acusaciones de los abandonados, la desesperación pendiente de los que están tratando de salvarse a sí mismos.

Y su divinidad vio los rostros. Algunos arrugados. Algunos llorando. Algunos ocultos tras los velos. Algunos oscurecidos por el temor. Algunos serios con la búsqueda. Algunos inexpresivos con el aburrimiento. Él los vio a todos, desde el rostro de Adán hasta el del bebé nacido en algún lugar del mundo, en un lapso como este en que lees estas palabras.

Y puedes estar seguro de una cosa. Entre las voces que encontraron su camino para entrar en ese taller de carpintería en Nazaret estaba tu voz. Tus oraciones silenciosas pronunciadas en almohadas manchadas por lágrimas se escucharon antes de que fueran



dichas. Tus preguntas más profundas sobre la muerte y la eternidad fueron respondidas antes de ser hechas. Y tu necesidad más extrema, tu necesidad de un Salvador, fue satisfecha antes de que pecaras.

Y no solo te oyó, te vio. Él vio tu rostro brillar la hora en que lo conociste por primera vez. Vio tu rostro avergonzado la primera vez que caíste. El mismo rostro que te miró de vuelta desde el espejo esta mañana, lo miró a él. Y eso fue suficiente para matarlo.

Él se fue por ti.

Él puso de lado su seguridad y su martillo. Colgó la tranquilidad en la clavija con el delantal con clavos. Cerró las persianas de la ventana a la luz del sol de su juventud y cerró la puerta a la comodidad y a la facilidad de mantener el anonimato.

Como podría soportar tus pecados más fácilmente que lo que podría soportar la idea de tu desesperación, eligió salir.

No era fácil. Pero era amor.